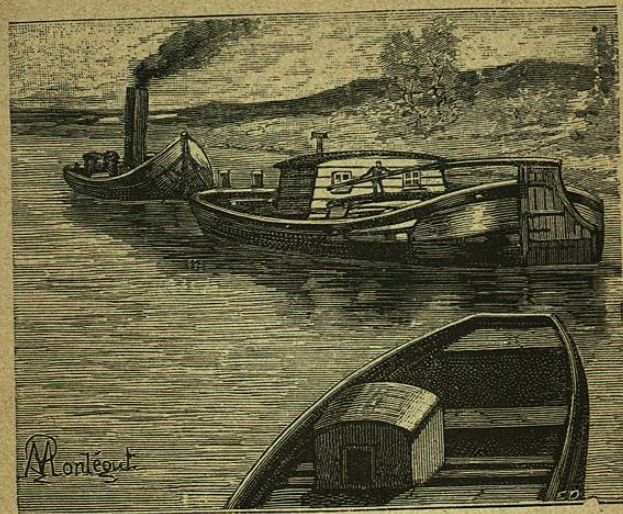


de cobre que tenía en las orejas; cantaba sobre el puente arrollando su cable, y mientras tanto, el remolcador arrastraba á *La Bella Nivernesa* con toda una flotilla de barcos.



CAPÍTULO III

En marcha.

Victor está en marcha.
En marcha por los alrededores de París, mirando en el agua sus casitas y sus huertos.

En marcha hacia el país blanco de las colinas gredosas.



En marcha á lo largo de los caminos de sirga, sonoros y empedrados.
En marcha para la montaña.
En marcha para el canal del Yonne,

siempre adormecido en su lecho de esclusas.

En marcha para los inviernos llenos de verdor y para los bosques del Morvan.

Adosado á la barra del barco y obsti-



nado en su resolución de no beber nunca, Francisco se hacía el sordo á las invitaciones de los escluseros y de los vendedores de vino, los cuales estaban admirados y sorprendidos de verle pasar de largo.

Era preciso asirse bien á la barra para impedir que *La Bella Nivernesa* se fuese por sí sola derecha á los ventorrillos.

Después de tantísimos tiempos como

llevaba aquel barco viejo haciendo el mismo viaje, ya conocía todas las estaciones y se detenía él solo en cada una de ellas, lo mismo que el caballo de un omnibus en los puntos de parada.

Adelante, apoyado sobre una sola pata,

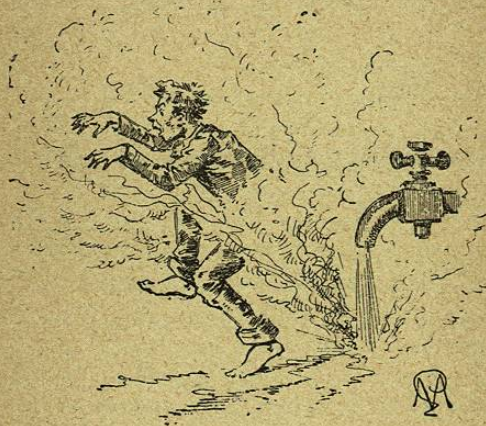


Tripulación maniobraba melancólicamente con un inmenso bichero, rechazando las hierbas, evitando los remolinos y echando el garfio en las curvas.

Sin más cosa de provecho que hacer oír día y noche sobre el puente el ruido de su pierna de palo.

Resignado y mudo, pertenecía á esos hombres para los cuales todo acaba mal en la vida.

Un camarada le había dejado tuerto en la escuela, un hacha le estropeó la



pierna en cierta serrería, y un cubo lleno de agua hirviendo le escaldó de arriba abajo en una fábrica de refinar.

Habría sido un mendigo y muerto de hambre al borde de un foso, si Louveau, que siempre tuvo tan buen golpe de vis-

ta, no le hubiera ajustado, á la salida del hospital, para que le ayudase en las maniobras de *La Bella Nivernesa*.

Entonces hubo una acalorada reyerta entre marido y mujer, exactamente igual á la que acababan de tener por Víctor.

“La mujer de seso, se enfadó mucho.

Francisco bajó las narices hasta dar con ellas en el suelo.

Y Tripulación se quedó en el barco.

Al presente formaba parte de *La Bella Nivernesa* con los mismos títulos y derecho que el cuervo y el gato.

El padre Louveau gobernaba el barco con tanta destreza y Tripulación maniobraba con tal precisión, que, doce días después de su salida de París, *La Bella Nivernesa*, habiendo remontado el río y los canales, estaba amarrada en el puente de Corbigny para dormir en paz su sueño de invierno.

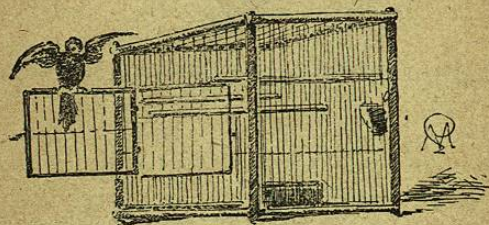
De Diciembre hasta fines de Febrero los marineros no navegan.

Carenan sus barcos y examinan atentamente los bosques para comprar los árboles, que cortan al venir la primavera.

Como la leña no es cara, se quema mucha y arde un gran fuego en los camarotes.

Si la venta del otoño ha salido bien, todo este tiempo es de huelga y de reposo alegre.

La Bella Nivernesa se disponía á in-



vernar; es decir, que se desenganchó el timón, se cubrieron las bandolas en el entrepuente y se dejó todo el espacio libre para jugar y correr sobre cubierta.

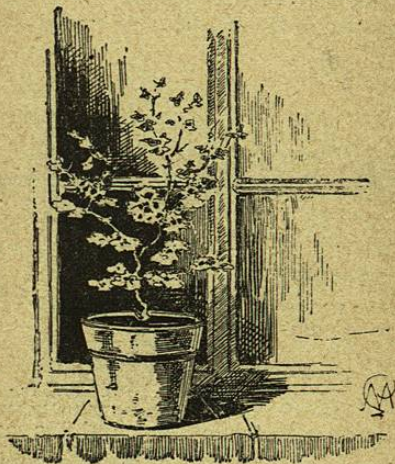
¡Qué encantadora vida para el niño abandonado, para el pobre Víctor!

Durante el viaje había estado absorto, aturdido.

Parecía un pájaro criado en jaula, al

que la libertad asombra y le hace olvidar de pronto sus gorjeos y sus alas.

Aunque demasiado niño para sentir el encanto del paisaje que se extendía ante



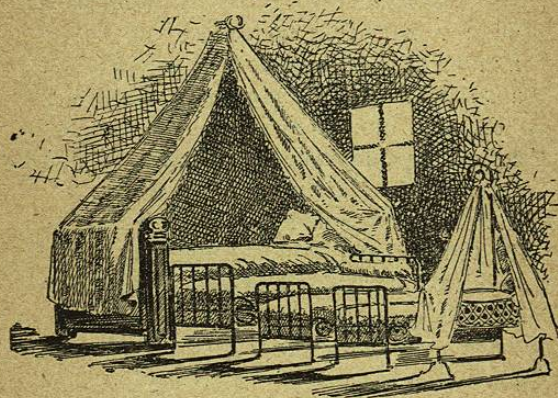
sus ojos, había experimentado, no obstante, la majestad de este viaje, hecho á todo lo largo del Sena y entre dos horizontes fugitivos.

La madre Louveau, que le veía tan

huraño y taciturno, no hacía más que repetir de la mañana á la noche:

—¡Si será sordomudo!

No: el pequeño parisién del barrio del Temple no era mudo.



Cuando él se hubo convencido perfectamente de que aquello no era un sueño, de que ya no volvería nunca á su guardilla, y de que, á pesar de las amenazas de la madre Louveau, no tendría en adelante que temer gran cosa al Comisario, se le desató la lengua.

Fué la expansión de una flor de cueva, transportada de pronto al sol de una ventana.

Cesó al fin de agazaparse en los rincones con su aspecto montés de hurón acosado.

Los ojos, hundidos bajo la frente abovedada, tomaron su movilidad inquieta, y aunque algo tosco y de rostro reflexivo, aprendió á conducirse y á reir con Clara.

La niña amaba apasionadamente á su compañero, como se ama á esa edad, por el placer de reñir y hacer las paces.

Aunque testaruda como una borriquilla, tenía el corazón muy tierno, y era suficiente recordarla el Comisario para hacerla obedecer.

Apenas llegaron á Corbigny, cuando una nueva hermana vino al mundo.

Milín tenía dieciocho meses justos y cabales, y hubo que aumentar las cunas en el camarote, y también el trabajo; pues con tantas cargas y gastos como había, era imposible pagar una criada.

La madre Louveau refunfuñaba, haciendo temblar la pata de palo de Tripulación.

Nadie se compadecía de ella en el país.

Hasta los mismos aldeanos no se ocultaban para decir su modo de pensar al Sr. Cura, que siempre ponía al marinero como ejemplo digno de imitarse.

—“Todo lo que vos queráis, Sr. Cura;



pero no es de gentes de buen sentido, cuando se tienen tres hijos en casa, ir á recoger los de otros.

„Pero los Louveau siempre han sido lo mismo.

„Es la vanidad la que les mueve, y cuantos consejos se les dé, serán inútiles; no lograrán cambiarles nunca..”

No se les deseaba mal alguno; pero nadie hubiese sentido que recibiesen una buena lección que les sirviera de escarmiento.

El Sr. Cura era un buen hombre, sin malicia, que fácilmente compartía la opinión de los demás, acabando siempre por traer á cuento un pasaje de la Escritura ó de los Santos Padres para justificar su retirada.

—Mis feligreses tienen razón, se decía, pasando la mano por su barba mal afeitada. No hay que tentar á la divina Providencia.

Pero como, después de todo, los Louveau eran unas buenas gentes, les hizo, como de costumbre, su visita pastoral.

Allí encontró á la madre Louveau cortando unos pantalones, para Víctor, de una blusa vieja, pues el pituso había llegado sin ropa; y como ella era mujer de su casa, no podía sufrir andrajos en torno suyo.

Al ver entrar al Sr. Cura, le ofreció un banco para que se sentara, y habiendo el buen sacerdote hablado de Víctor, insinuando que con la protección de mon-

señor el Obispo se lograría hacerle ingresar en el hospicio de Autun, la madre Louveau, con la franqueza que hablaba



á todo el mundo, respondió bruscamente:

—“Sr. Cura, que el pequeño es una carga muy pesada para nosotros, eso salta á la vista.

„Mi opinión es que Francisco, al traerle con nosotros, ha probado una vez más que no es un águila.

„Yo no tengo el corazón más duro que mi marido; si hubiese encontrado á Víctor abandonado en la calle, me habría dado mucha pena; sin embargo, le hubiera dejado allí donde estaba.

„Pero ya que le hemos recogido, no será para deshacernos de él; y si un día nos viésemos apurados por su causa, no iremos á pedir una limosna á nadie.”

En este momento apareció Víctor en el camarote, llevando á Milín en sus brazos.

El chiquitillo, furioso porque acababan de destetarle, se vengaba negándose á apoyar los pies en el suelo y ejercitando sus dientes en morder á todo el mundo.

Conmovido ante este espectáculo el Sr. Cura tendió la mano sobre la cabeza del niño abandonado, y dijo solemnemente:

—Dios bendice las familias numerosas.

Y se fué, contento de haber encontrado entre sus recuerdos una sentencia tan adecuada á la situación.

La madre Louveau no había mentido al decir que Víctor pertenecía ya á la familia.



Refunfuñando, hablando sin cesar de llevarle á casa del Comisario, esta “mujer de seso,” tenía cariño al pobre muchacho, que jamás se separaba de sus faldas.